

II.

La mañana de este viernes seguía el tiempo obscuro; menuda lluvia caía, como la de Bretaña. Las vergas y los pabellones están de luto, y de media en media hora el cañón con su estampido resuena en el espacio.

Todo esto recuerda el cielo ordinariamente sombrío y todo el aparato del Viernes Santo en nuestros puertos de Francia. Esa gran rada de los Pescadores también se asemeja algo á ciertos puntos de nuestras costas, con sus tierras bastante bajas, sin árboles, y en donde los campos de arroz y maíz dibujan unos cuadros verdes.

Multitud de *sampanes*, conducidos por chinos, más ó menos ocupados en la pesca, circulan por las tranquilas aguas y especialmente alrededor del *Bayardo*, curiosos, que adivinan ya nuestra desdicha. Dentro de poco, la China entera conocerá la muerte de aquel hombre que la hacía temblar.

A las nueve, de todos los barcos de la escuadra se destacan lanchas y botes llevando á los comandantes y jefes de Estado mayor á oír una misa privada que va á rezarse, á bordo del *Bayardo*, por el eterno descanso del Almirante.

El tiempo se mantiene cubierto, triste, y el mar en calma. Las embarcaciones se acercan suavemente, y muy pronto el navío se llena de oficiales. ¡Pobre *Bayardo*! En otro tiempo tan brillante, hoy mudo y como fatigado por su gloriosa campaña, y repleto de cajas y barricas de vitualla para las tropas.

Ese gentío que se aproxima en nada se parece á los duelos vulgares; no se ven esas figuras arregladas á las circunstancias, ni se escuchan esas corrientes de conversación al oído, ese murmullo de indiferencia.

Entre todos esos oficiales allí congregados, los hay que fueron antiguos camaradas, que no se han visto desde hace mucho tiempo y que se dan la mano sencillamente, sin hablar y casi sin decirse nada; inmóviles, generalmente, en sus sitios, y presa del estupor que esta muerte les ha producido.

Hallábase dispuesto el altar para la misa muy adelante, y era preciso estrecharse allí unos contra otros, en una especie de estrecho corredor y bajo el caparazón de hierro, que concentraba calor excesivo.

Detrás de los oficiales se empujan los marineros, sin ruido, consternados ellos también y silenciosos, y por entre este tropel alguna que otra cabeza china de prisioneros ó de intérpretes, recordando el país lejano en que vivimos.

La misa se dice en voz muy baja, casi sin que se altere este gran silencio. Cuando se termina, se da la vuelta por detrás del altar para ir á saludar al Comandante y al Jefe de Estado Mayor, que ambos están llorando, como se saluda á la familia en el cementerio.

Nada de aparato, ni de discursos, ni de música; sólo gentes que pasan aterradas y sin encontrar palabras con que expresar el sentimiento.

Al exterior, ni remotamente puede suponerse que allí reside la muerte; sólo dos coronas de follaje depositadas al pie, que es lo que ha podido encontrarse de más verde en este país desolado. Algo de

bambú y tamarindo, ramas cogidas á los árboles raros de las pagodas, rosas del Cabo, únicas flores de Cha-Kung.

Hubiérase deseado ver al Almirante; mas no ha sido posible exponer su cadáver, porque aquí la defunción viene seguida inmediatamente de consecuencias siniestras, contra las cuales es preciso prevenirse apresuradamente. El cuerpo del Jefe está abajo, entre las manos de los médicos ocupados en su tristísima misión.

Todo acaba, y la gente se separa; las lanchas la recogen y se alejan las unas en pos de las otras.

Al mediodía, el *Duguay-Train* deja la rada yéndose á llevar la mala nueva á Hong-Kong, de cuyo punto la transmitirá el telégrafo á Francia.

Son las tres de la tarde. Los médicos han terminado su trabajo, y se consiente á los comandantes y oficiales que vinieron á bordo del *Bayardo* que contemplen por última vez al Almirante.

Allí está, en su salón, envuelto en lienzo y tendido en tierra, formando una línea blanca sobre la roja alfombra. Entran las gentes de puntillas para ver un minuto aquel rostro muy pálido, muy se-

reno, apenas cambiado; aquella ancha frente donde germinaron tantas ideas, tantos proyectos maravillosamente estudiados, clasificados, preparados para el porvenir, y que para siempre se extinguieron.

Cuando los oficiales se retiran, todavía queda á la puerta un grupo de hombres que pide se les deje entrar: son todos los contra maestres, que quieren verle.

Pasan éstos, y aun hay más; los marineros, que aguardan su vez como cosa que se les debe.

Por último, llega la hora al equipaje del navío, y se observa cómo centenares de figuras jóvenes, consternadas, saludan con tímido respeto al gran muerto.

Colócasele en su caja de plomo y madera de alcanfor con remates de hierro, y ya no hay nada.....

III.

El sábado 13 de Junio, la misa de funeral y honores militares.

En un principio se pensó llevar el cuerpo del Almirante á Cha-Kung, á una de las grandes pagodas, para que hubiese más sitio para las tropas; pero luego reflexionóse que era mejor no dejarle descansar, ni aun por algunas horas, en tierra china, ni sobre todo en un templo buddhista, y se quedó en su navío, que es *tierra francesa*.

En Cha-Kung, algo antes de las siete de la mañana, los restos de nuestro pequeño ejército de ocupación se alinean al pie de los fuertes, frente al mar, con las armas prontas á disparar las salvas de fusilería. Como ayer, con igual tiempo cubierto y pesado, las lanchas y los botes conducen al *Ba-yardo* los oficiales de la escuadra, que están ahora con sus armas y sus insignias. Luego, oficiales de artillería, de infantería, destacamentos de marine-

ros de todos los barcos que fondean en la rada y soldados de todos los cuerpos acantonados en Cha-Kung.

Una masa compacta sobre el puente del *Bayardo*, y siempre en silencio. La caja que encierra los restos del Almirante está en el suelo, esperando á la puerta de la *capilla*, bajo un paño negro, á que un sacerdote la introduzca. Estréchanse las filas en esta abrumadora capa de hierro.

Cuando hace este tiempo cerrado y agobiador, todo lo que se toca, de madera ó férreo, está caliente, húmedo, con gotillas como si corriera el sudor sobre las cosas, y en esta atmósfera de estufa, ya irrespirable, sobresale ese olor siniestro de las sustancias que se reúnen para los muertos.

La capilla es de la más extremada sencillez: dos pabellones ó banderas con la insignia del Almirante (tricolores con tres estrellas blancas) forman una especie de tienda; dos filas de marinos armados; dos hileras de hachones, y nada más. Hasta se ha cubierto la divisa del *Bayardo*, escrita delante del navío en medio de adornos dora-

dos, y que pudo ser muy bien la del difunto: «Sin reproche, sin miedo.»

Uno de los monstruos de ébano (despojos de pagoda) que coronan la toldilla se encuentra por casualidad precisamente encima de la caja, en lo alto del improvisado santuario, como un gran perro negro. Parece que se está burlando con esa intensidad de expresión maligna que es el inimitable misterio del arte chino. Quizás habría sido conveniente que lo velaran, aunque represente de una manera simbólica bastante característica la China en sus funerales.

La ceremonia religiosa es corta y se llena en voz baja. De minuto en minuto se oyen, más ó menos á lo lejos, las salvas de fusilería que llegan desde la escuadra ó los fuertes de Cha-Kung; ruido seco que parece de cosas que acá y allá se desgarran.

En los intervalos de silencio se escucha el canto de un pajarillo que se posa tenazmente en los pliegues de la bandera. Los timoneles se excusan de su presencia, diciendo que permanece allí desde ayer, que le echan y vuelve obstinadamente.

Muy próximos á los asistentes se ven los cañones del *Bayardo*, que comienzan el saludo final, y seguida el almirante Lespès, que ha tomado el mando de la escuadra, se despide con algunas frases sentidas de nuestro difunto jefe.

Y lo hace con tal emoción, revelando dolor tan profundo, con tan visible deseo de llorar, que, al oírle, las lágrimas se asoman á los ojos. Aquellos que se erguían queriendo adoptar una actitud inmóvil con gran esfuerzo, se ablandan y conmueven.

Ya después de este saludo no hay más que el desfile militar, y todo termina definitivamente. La gente se retira y se dispersa en las lanchas y los botes; las vergas se levantan, y las banderas se izan por todas partes.

Entran las cosas en orden, toman su aspecto acostumbrado, y hasta el sol reaparece. Este es el final del duelo, casi el principio del olvido.....

Jamás hasta entonces había yo visto marineros llorando, á pesar de llevar sus armas; pero éstos lloraban, lloraban silenciosamente, y en especial los del piquete de honor.

Bien modesta era, por cierto, esta capilla; bien modesto el paño negro de que se hallaba cubierta, y cuando el cuerpo del Almirante entre en Francia, se desplegará seguramente una pompa mucho más brillante que la de aquí, bahía de destierro. Pero ¿qué testimonio podrán rendirle, ni cuál inventarían que fuese para él más extraordinario que estas lágrimas?